

CAPITULO XIX.

La gruta de Cacibaxagua.



LEGÓ el día señalado á los caciques para asistir á la gruta de Cacibaxagua á implorar de los tzimes la inspiracion de Vagoniana.

Unos á otros se habian trasmitido la orden en secreto, y acudian de todas partes á la famosa gruta, aprovechando unos las noches para caminar, siguiendo otros veredas ocultas, y llevando todos consigo el temor de ser descubiertos y castigados por sus opresores.

El venerable Biautex fué el primero que llegó á la gruta sagrada.

No tardaron en reunirse muchos butios, los caciques fueron llegando, y á media noche todos estaban reunidos en torno del gran butio.

Biautex sabia el porvenir que estaba reservado á Haiti; sabia que cuantos esfuerzos hicieran los indios para libertarse de la dominacion de los españoles aumentarían sus desdichas, pondrían en evidencia la esterilidad de sus deseos, y anhelaba, no poner fin á aquel estado de cosas, porque sus pecados le parecían imposibles de redimir, sino ofrecer resignacion á aquellos desgraciados para que soportasen con ménos dolor su amargura.

Guaorocaya, al romper las cadenas que le aprisionaban, corrió al albergue de Biautex, porque era desconocido de los españoles.

Allí le expuso sus deseos, la sed de venganza que le devoraba y su resolucion formal de libertar á su patria ó de perecer.

Guaorocaya gozaba de gran crédito entre los indios.

Nadie dudaba de su valor.

Su fuerza de voluntad, su energía, eran admiradas por todos.

Con una indicacion suya intentarían los indios un golpe desesperado; esto exacerbaría los odios de los españoles y el mal se agravaría.

Biautex buscó un medio solemne de apaciguar á Guaorocaya.

Por eso dió la orden á los caciques de que fueran á la gruta.

Por eso engañó á Anacaona.

Verdadero padre de los haitianos, los engañaba por su bien.

En medio de la oscuridad que reinaba en Cacibaxagua, resonó la voz de Biautex.

—Va á decidirse nuestra suerte, exclamó. Vagoniana nos escucha. Formulad cada cual vuestras quejas; indicad los motivos que os inspira el odio hácia los opresores; referid los ultrajes que os han hecho, y los tzimes tutelares, comunicando vuestras quejas á Vagoniana, implorarán de su inmensa sabiduría el consejo que debemos seguir.

En seguida mandó traer una tea encendida.

—Hablad, añadió, y si despues de oiros y de arrojar tres veces al suelo esta tea no se apaga, será señal de que Vagoniana nos manda sufrir con paciencia y resignacion el cautiverio. Si se apaga nos mandará luchar, y en ese caso de aquí partiremos todos dispuestos á morir ó á vencer.

Los caciques hablaron.

Guaorocaya fué el primero que con negros colores trazó el cuadro de la desolacion que pasaba sobre su patria.

No hubo un solo cacique que no tuviera que lamentar la violacion de sus esposas, la venta de sus hijos, toda clase de ultrajes y de infamia.

Anacaona quiso llevar la esperanza al corazon de sus hermanos asegurándoles que Caonabo vivia, y que volveria en breve á gobernarlos con la autorizacion de los reyes de España.

—Entónces, añadió, partirán nuestros verdugos, y aunque tributarios de los poderosos monarcas, viviremos libres, felices, y la felicidad enjugará las lágrimas de nuestros hijos.

Ya empezaba á amanecer cuando, habiendo terminado cada cual la exposicion de sus quejas, el gran Biautex, rodeado de los demas butios, exhortó á los tzimes para que pusieran propicia á Vagoniana.

—Va à decidirse nuestra suerte.

Y arrojó por la primera vez la tea al húmedo suelo de la gruta.

Todos observaban con religioso silencio.

La tea no se apagó.

Volvió de nuevo á levantarla.

Todos deseaban que se extinguiese aquella luz, porque era la señal de que Vagoniana les mandaba luchar.

La tea volvió á levantarse en seguida.

Quedaba la última prueba.

—Cúmplase la voluntad de Vagoniana, exclamó Biautex.

Y arrojó por tercera vez la tea al suelo.

Un rumor sordo de consternacion se escapó de todos los labios.

La tea ardía.

—Ya lo veis, exclamó Biautex; Vagoniana, irritada por nuestras culpas, quiere que suframos aún con paciencia la esclavitud. Por ella alcanzaremos más tarde el premio de la li-

bertad. Ahora volved á vuestras tareas con mi bendicion y continuad sufriendo, Vagoniana lo quiere.

Los caciques se alejaron entristecidos.

Los butios les siguieron, mostrando la resignacion en el rostro.

Anacaona llevaba la esperanza en el corazon.

Guaorocaya abrigaba un siniestro plan.

—Si es preciso desobedecer la voluntad de Vagoniana, se habia dicho, la desobedeceré. Yo no consiento la opresion de mis hermanos.

Y partió á los Estados de Higuey, dispuesto á comunicar á los ciguayos la sed de venganza que ardía en su pecho.

Al día siguiente de esta solemne escena, anunciaron á Anacaona la llegada de Ovando á su palacio de Xaragua.

CAPITULO XX.

Una traicion.

EL motivo de la visita de Ovando al departamento donde habia reinado Anacaona, era el de destruir por completo á los vasallos de la desgraciada reina, para que aparecieran justificados los desórdenes á que daba lugar la resistencia pasiva que oponian á los españoles, y los actos que éstos cometian contra los indios, escudados en su impunidad.

No quiso, sin embargo, el gobernador de la isla presentarse en actitud hostil á la reina de Xaragua.

Sabia que, engañada por la falsa creencia de que su esposo vivia y era objeto de las mayores atenciones por los reyes de España, profesaba gran afecto á los españoles, y queria aprovecharse de esta circunstancia para tenderle un lazo y concluir más pronto, y sin perder un soldado, la empresa que le llevaba á Xaragua.

¡Cuán ajena estaba la pobre reina de las tristes desventuras que iban á destrozar su corazón!

Al saber la llegada del gobernador, mandó reunir en la ciudad á los caciques para recibirle con todos los honores que merecia.

Ovando iba al frente de un pequeño ejército, compuesto de trescientos infantes, armados con ballestas, arcabuces y espadas, y cincuenta jinetes completamente equipados.

Al anunciar su visita á Anacaona, la habia asegurado que

solo iba á verla con carácter pacífico y para regularizar el pago del tributo.

No era, sin embargo, la actitud y el epuipo de sus soldados una prueba tranquilizadora de sus sentimientos amistosos.

Sin embargo, Anacaona, rodeada de las indias más principales y de los caciques, salió á recibir al gobernador.

—Que el cielo te bendiga, dijo Anacaona, é ilumine con sus esplendorosos rayos tu frente; yo te saludo, enviado de los reyes. Supongo que tus protestas de amistad serán ciertas. No tienes motivos para quejarte de mí. Mis caciques cumplen el juramento de fidelidad que han prestado; mis vasallos te pagan el tributo. Enfermos y pobres, no sabes cuánto les cuesta recoger de los campos, arrasados por el fuego de la venganza y la desesperacion, los frutos que te ofrecen.

—Anacaona, respondió Ovando, creo en tu lealtad; pero tengo motivos para creer tambien que tus caciques meditan el exterminio de mis guerreros en la oscuridad y en el silencio de las cavernas.

—Me juzgal mal, y yo te probaré lo contrario.

—Si es así, mi amistad será sincera.

Y Ovando tendió la mano á Anacaona.

Entonces la reina mandó á las mujeres que formaban su séquito que dieran principio á sus cantares y danzas.

Un hombre de corazón que hubiera asistido á aquel espectáculo, no hubiera podido ménos de conmoverse.

La infortunada Anacaona, ausente de su esposo, ausente de su hija, reina algun tiempo ántes, entonces esclava, mostrándose risueña al jefe de sus opresores, mostrándose tambien alegres las vírgenes que lloraban la muerte ó la esclavitud de sus padres, las esposas que habian visto perecer á sus maridos, ó vivian léjos de ellos, los indios que habian visto

ultrajar à sus mujeres, todos queriendo complacer á su infortunada soberana, parecian al inocente corderillo besando el cuchillo que ha de cortar su cuello.

Despues de recibir á los españoles con la mayor benevolencia, les brindó un espléndido banquete.

Los caciques extendieron sobre la yerba blancas telas de mirabolán (C), sobre ellas ofrecieron á sus huéspedes el néctar suave (D), el xauxan, el ipotex asado, el sabroso guaraca, el incitante axi (E), las tórtolas cocidas, los succulentos xaxabes (F), los frescos quemis (G), el dulce hanon (H), payas, yayanás (I) ó ananas, el caimito (J), el masuey (K), el guayaba, el jugo de maguey (L), el agua de hobo, la esencia de Guazuma: todos estos manjares eran para obsequiar á los españoles.

Ovando ofreció en cambio á los indios vino y aguardiente, que les parecieron superiores á sus bebidas.

La alegría de todos era inmensa.

El odio habia desaparecido del corazón de los indios.

El banquete terminó.

Los indios empezaron sus bailes y ejercicios de agilidad y destreza, que dejaron asombrados á los españoles.

Anacaona hospedó en su palacio á Ovando, y en las mejores casas ó chozas de la población se guarecieron los soldados.

Durante muchos dias fueron todos agasajados con espléndidez, y para distraer su ánimo á todas horas cantaban y bailaban en su presencia aquellos infelices.

Acompañaban á Ovando, siendo el más fiel de todos sus servidores, uno de los rebeldes más adictos á Roldán, que sentia hácia Anacaona un odio profundo por los desaires que habia hecho á su infame seductor.

—¿Veis, dijo á Ovando, cuán cariñosa se presenta á nosotros? En sus ojos se lee la satisfacción, el afecto, la grati-

tud; pero ¡ay! bajo esa apariencia oculta el odio más profundo. De la misma manera recibió á Roldán, á Bartolomé Colón, y sin embargo, esto no era más que un ardid para inspirarles confianza, para seducirlos, para despertar en ellos una pasión violenta y asesinarlos al tenerlos en su poder. Guardaos de esa mujer: es el áspid que se oculta entre las flores; es la culebra que busca el pecho para devorarlo.

Ovando no olvidó esta malévolá insinuación.

Por otra parte la belleza de aquel país, su espléndida vegetación, todo le convidaba á apoderarse por completo de aquel territorio, para formar en él una magnífica colonia, y halagado por este sentimiento de vanidad, acariciaba un plan inicuo, cuyos resultados vamos á conocer en breve.

Agasajado por Anacaona, necesitaba corresponder á sus bondades, y le ofreció un espectáculo que recompensase las danzas y las músicas de los indios.

Los jinetes que tenia Ovando á sus órdenes eran muy diestros, y habia entre ellos uno que habia enseñado á su caballo á saltar al compás de la música.

Dispuso el gobernador un juego de cañas, que debia celebrarse el domingo siguiente con asistencia de la reina y de todos sus vasallos.

Gran satisfacción causó á los indios la esperanza de asistir á aquel torneo.

Ovando dió órdenes secretas á sus capitanes.

Indicaba á los jinetes que combatiesen, no con cañas ni picas despuntadas, sino con armas verdaderas, y á los peones les mandó asistir como meros espectadores á la función, pero bien armados y dispuestos á romper las hostilidades en el momento en que les diese la señal.

Llenos de confianza los caciques, acudieron al paraje del torneo sin armas.

Preparado todo por Ovando á medida de su deseo, dispu-

so que Anacaona y las indias asistiesen á la funcion desde una casa de las más principales de la plaza; reunió á los caciques en su palacio, y para que no sospecharan sus intenciones, se puso á jugar con los oficiales, acariciando la siniestra esperanza de hacer en breve sus esclavos á todos aquellos que como amigos se acercaban á él.

Habia dicho á los suyos:

—Cuando veais que coloco mi mano derecha sobre la cruz de Alcántara que llevo en el pecho, cumplid mis órdenes.

Aguardaban los indios impacientes que empezara la justa, cuando el sonido de una trompeta les hizo creer que sus deseos iban á verse satisfechos.

Presentáronse en la plaza sobre sus caballos, completamente armados, los cincuenta jinetes.

Los infantes no tardaron en llegar.

Ovando se presentó en la puerta del palacio, é hizo la señal convenida.

Instantáneamente rodearon los soldados de á pié la casa donde estaba Anacaona con las mujeres, y los de á caballo cayeron como fieras sobre los indios, que habian asistido en calidad de espectadores á la prometida justa, y aguardaban en la plaza á que empezara.

Fué tan rápido el ataque, y tan inesperado para los indios, que al ver á los jinetes acercarse sobre ellos, creyendo que era una maniobra, un juego, ni se movieron siquiera de sus puestos.

Infinitos murieron bajo el filo de las espadas de aquellos hombres indignos del nombre de civilizados.

Ovando intimó la rendicion á los caciques, y los hizo llevar prisioneros á una casa inmediata á su palacio.

Uno de sus capitanes, don Diego Velazquez, tuvo la triste honra de prender á la reina Anacaona y á alguna de sus servidoras más queridas, llevándolas al palacio de Ovando, donde quedaron á su disposicion.

Las demas fueron amarradas á los maderos que sostenian la techumbre.

Ovando necesitaba justificar á los ojos de los reyes aquel acto brutal, y obligó á los indios á fuerza de tormentos á que declarasen que habian conspirado contra él para librarse de su dominio, con lo cual justificaba el atroz castigo que pensaba imponerles.

Cediendo al dolor de los tormentos hicieron aquella declaracion ante los escribanos, y una vez terminado tan irrisorio proceso, mandó Ovando incendiar las dos casas que habia próximas á su palacio.

En una estaban los caciques.

En otra los indios prisioneros.

Pronto deslumbró sus ojos un resplandor siniestro.

Las chozas ardian, y perecian quemados en ellas los pobres indígenas, atronando el espacio con los desgarradores gritos de su espantosa agonía.

Entre tanto los rebeldes atropeyaban á los indios de la ciudad y á los que hallaban en los caminos, hiriéndoles con las espadas ó atravesándoles con las lanzas.

«No hubo misericordia para xeso ni edad, dice un historiador; todo fué carnicería.

«Alguno que otro caballero, ó por piedad, ó impulsado por la avaricia, queria salvar á un niño y lo cogia en sus brazos; pero ni aun así lo respetaban.

«Pronto la lanza de alguno de sus compañeros atravesaba en sus propios brazos á los niños indefensos.»

Los pocos habitantes de Xaragua que pudieron librarse de aquella horrible hecatombe huyeron á una isla próxima, á Guanabo, ó corrieron á engrosar las filas de los ciguayos, refugiándose en sus ásperas montañas.

Anacaona, cargada de cadenas como su esposo, fué conducida á Santo Domingo. (M)

CAPITULO XXI.

El fin de un pueblo.



o habían apagado aún la sed de venganza los vencedores, y continuaron sacrificando inhumanamente á los habitantes de Xaragua, como habían sacrificado á los de Marien y á los de la Vega.

La prision de Anacaona causó más dolor en sus vasallos que sus propias desgracias.

La idea de que estaba condenada en poder de los españoles, y próxima tal vez á perecer en el cadalso, animó á Guaorocaya á levantar las huestes de Higüey para arrancarla del poder de sus opresores.

Al mismo tiempo un jóven indio, que desde su más tierna edad había amado á Higuamota, y había sufrido el horrible martirio de verla en brazos del español Guevara, profesando una veneracion sin límites hácia Anacaona, que había descubierto su amoroso sentimiento y había ofrecido consuelo á su afliccion, quiso sacrificar su vida en aras de aqu el afecto que llenaba su alma.

Informado de la infame traicion de que habían sido víctima los pacíficos moradores de Xaragua, reunió gran número de indios, los animó al combate, y por senderos desconocidos para los españoles, llegó al camino que debían recorrer los soldados de Ovando para conducir á Anacaona á Santo Domingo, se emboscó, y en el momento en que la pobre rei na

pasaba por allí entre los soldados, salió con ellos resuelto á libertarla.

Por desgracia suya, á los primeros disparos de los arcabuces de los españoles huyeron la mayor parte de los indios que le acompañaban, y él cayó en poder de sus adversarios.

—¿Qué has hecho, desgraciado? exclamó Anacaona al verle.

—Cumplir con mi deber.

—¿Ignoras que se ha cumplido mi destino?

—Lo único que sé que todos tus vasallos debemos perecer ántes que consentir que los tiranos te lleven al suplicio.

Guaora, que así se llamaba el jóven, no ocultó al jefe del destacamento que custodiaba á Anacaona sus deseos de derramar hasta su última gota de sangre en defensa de la reina.

Aun cuando no era un enemigo poderoso, los españoles, embriagados con el vapor de la sangre, quisieron castigarle sin aguardar las órdenes de Ovando, y seguros de que le complacerian, aumentaron la pesadumbre de la reina ahorcando en su presencia á su defensor en uno de los árboles del camino.

Miéntas esto pasaba, una anciana, que nunca se había separado de Anacaona, que la quería como si fuera su hija, trataba de vengarle, y al efecto, reuniéndose con otras indias, sedientas de venganza también, pidieron una entrevista á Ovando para implorar su perdon y su gracia.

Higuamamana, que así se llamaba la anciana amiga de Anacaona, era una mujer atlética y vigorosa á pesar de sus años.

Su propósito era, al encontrarse en presencia de Ovando, agarrarse á su cuello y estrangularle, miéntas que sus cómplices luchaban con los soldados españoles para evitar que libertasen de sus manos al infame causante de sus desventuras.

Ovando recibió á las indias con muchas precauciones, por que todo lo esperaba y lo temía de aquellas gentes.

Se presentó á ellas completamente armado y con la visera calada.

No por eso desistió de su empeño Higuamama.

Al hallarse en su presencia se arrojó sobre él; pero solo logró que, irritados los españoles, asesinaran á sus compañeras.

Prisionera Higuamama vió levantarse una horca, en la que pereció maldiciendo á los españoles.

En breve tiempo todo el departamento de Xaragua quedó desierto.

Apénas bastaba la tierra para sepultar los innumerables cadáveres que habia en ella.

Las casas estaban abandonadas.

Las cenizas de las que habian destruido los españoles daban siniestro matiz al paisaje.

Parecia que el ángel exterminador habia batido sus alas sobre aquella provincia, dejándola al pasar convertida en un lúgubre y espantoso cementerio.

De los poderosos caciques que en otro tiempo habian mantenido el esplendor de la isla, solo quedaba ya el valiente Guaorocaya, porque Anacaona caminaba al suplicio.

Tanta desolacion, tanta crueldad, tantos infortunios, debian convertir necesariamente á los más generosos y pacíficos habitantes de la isla en desesperadas fieras.

El único baluarte que quedaba á los indios era Higuey.

Esta provincia, en extremo montañosa, les ofrecia abrigo y defensa.

Desde allí podian provocar de nuevo á los españoles, obligarles á penetrar por las quebradas vías que conducian á las ciudades, tenderles emboscadas y hacerles pagar caras las calamidades que habian caido sobre ellos.

Guaorocaya, á pesar de la voluntad de Vagoniana, adivinada por el viejo Biautex y comunicada á los caciques al hallarse reunidos en la caverna de Cacibaxagua, habia corrido á Higuey, habia reanimado el espíritu de los indios, é infundiéndoles su energía, su heroismo, su sed de venganza, habia convenido con ellos en que debian pelear hasta destruir á sus adversarios ó perecer.

Uno de los caciques más importantes de la provincia era Cotabanamá.

Las Casas le describe, y dice que era el más fuerte de su tribu, de estatura más elevada que el más alto de sus paisanos, de una vara de espalda de hombro á hombro, y el resto de su cuerpo de admirable simetría.

Participando Cotabanamá de los mismos sentimientos que Guaorocaya, acaudilló con él la insurreccion que debia dar por resultado la pérdida completa de su independencia ó el exterminio de los españoles.

Envió Ovando, porque tuvo noticia de la actitud de los ciguayos, una lancha con ocho soldados á explorar la parte de la costa que correspondia á aquella provincia.

Habia á muy corta distancia de la costa de Higuey una pequeña isla llamada Saona, y el que mandaba la lancha la eligió como punto de observacion.

Los indios lo supieron, y aprovechando la oscuridad de la noche, llegaron á la isleta y asesinaron á todos los españoles.

Viendo Ovando que no volvian envió otra lancha para averiguar el paradero de sus primeros emisarios, y no tardó en saber la triste suerte que les habia alcanzado.

Ardiendo en ira, y deseando completar los horrores que caracterizaban su mando, llamó á uno de sus capitanes, Juan de Esquivel, y poniendo á sus órdenes cuatrocientos hombres,

le envió al Higüey para que sofocase la insurrección y castigase el asesinato de los españoles en Saona.

Los espías comunicaron en breve á Guaorocaya y á Cotabanamá la noticia de que se aproximaban los españoles.

Estos no tardaron en enviarles emisarios con ofrecimientos de paz.

Eran los encargados de hacer estos ofrecimientos dos soldados, llamados el uno Valtenebro y el otro Pontevedra.

Para que se entendieran con ellos eligieron Guaorocaya y Cotabanamá á un valeroso indio, llamado Juguí.

Desde luego sorprendió á los españoles que, siendo ellos dos, no enviaran para entrar en negociaciones más que un indio.

Esta circunstancia dió lugar á que las negociaciones de paz no pudieran siquiera comenzarse.

Desde luego Juguí iba resuelto á no aceptar la paz, porque entre los indios que quedaban con fuerza para moverse no había uno solo que no prefiriese mil veces la muerte á la esclavitud.

—Mucha confianza tienes en tu valor, dijo uno de los dos emisarios españoles á Juguí, cuando te atreves á venir solo, sabiendo que aquí estamos dos y que podemos aniquilarte si no accedes á nuestros deseos.

—En primer lugar, dijo Juguí, venís á ofrecernos la paz, y los que ofrecen la paz no dan una gran idea de su valor ni de sus esperanzas de triunfo.

—Os brindamos la paz, porque ya nos da lástima vuestra situación. Estamos hartos de cazar indios, y ahora lo que queremos son esclavos para que nos sirvan.

—En esta tierra no los hallareis.

—¿Habeis de ser más que vuestros hermanos? dijo uno de los españoles.

—Os repito que aquí no hallareis esclavos, repuso con firmeza el indio.

—¿Pues qué hallaremos?

—Hienas que os devorarán el corazón.

—Las cazaremos.

—U os cazarán ellas.

—Abreviemos razones: si no quereis que entremos á sangre y fuego en esta madriguera que habeis elegido, entregadnos á vuestros caciques y comprometedos á pagar el tributo como los demás habitantes de la isla.

Juguí se irritó profundamente al oír aquella proposición.

—Antes de que tal cosa suceda, yo mostraré á los vuestros que no bastan dos españoles para cada ciguayo.

Y lanzándose sobre los dos que se hallaban presentes, trató de estrangularlos; pero sus manos, ántes de llegar al cuello de sus enemigos, encontraron sus espadas.

Cogiéndolas, aun á riesgo de cortarse, logró arrebatarlas, y con las manos ensangrentadas por las heridas que se había hecho, luchó con ellos desesperadamente.

Por desgracia los soldados, defendidos por la armadura, apenas sufrieron más que contusiones, y rehaciéndose, cayeron á su vez sobre él, dejándole muerto en el campo.

Corrieron los españoles á dar cuenta de lo que había sucedido á Esquivel.

Este se precipitó con sus tropas en la provincia, resuelto á castigarlos terriblemente.

A su llegada, huyeron sus habitantes á las aldeas más próximas.

Al mismo tiempo envió Ovando por la costa otro destacamento para que les atacara por retaguardia, y unos y otros tuvieron que detenerse.

Pero á su paso ahorcaban sin piedad á los ancianos, á las

mujeres y á los niños, y los dejaban colgados en los árboles para horrorizar á sus enemigos y escarmentarlos.

Tuvieron que retroceder los ciguayos; pero ántes de darse por vencidos, Guaerocaya y Cotabanamá sostuvieron una encarnizada lucha con los españoles.

Los infelices indios no sabían medir la distancia donde podían llegar sus flechas, y ninguna de ellas alcanzaba á los españoles.

En cambio las ballestas y los arcabuces hacían huecos horribles en sus filas.

Guaerocaya y Cotabanamá convinieron en que necesitaban aceptar la paz, sin perjuicio de emplear la astucia para vencer á los españoles.

—Ignoran que yo estoy aquí, dijo Guaerocaya á Cotabanamá, y sólo saben que tú eres el jefe de los ciguayos. Yo me retiraré á las montañas con los soldados de Umatex, mientras tú finges que aceptas la paz y te presentas á los españoles. Cuando más seguros se crean, yo caeré sobre ellos y su ruina será inevitable.

Resueltos á aplazar su venganza, propusieron los indios la paz á Esquivel, y éste accedió á sus ruegos, á condición de que le pagasen un crecido tributo.

Los indios aceptaron todas las condiciones.

CAPITULO XXII.

El último recurso.



COTABANAMA se presentó á Esquivel, y éste le recibió con las mayores muestras de aprecio, porque había tenido ocasión de observar su valor y era hombre que en el fondo poseía los mejores sentimientos.

Había una costumbre entre los indios, que pusieron en práctica los caudillos.

Esta costumbre era la de cambiar los nombres, lo cual significaba entre ellos eterna y fraternal amistad.

Desde entónces los indios llamaron Juan Esquivel á su cacique, y Cotabanamá al jefe de los españoles.

Para evitar que se insurreccionaran de nuevo, aprovechó Esquivel las buenas relaciones que tenía con los indios, y mandó construir una fortaleza cerca del mar y en un paraje estratégico.

Dejó en el fuerte nueve hombres á las órdenes de Martín de Villaman, se despidió de su amigo y volvió á Santo Domingo con sus tropas y la parte del botín que á cada uno de sus guerreros había tocado.

La paz duró muy poco.

Martín de Villaman exigió á los indios, además del duro trabajo de cultivar las tierras, la humillante y penosa obligación de conducir los frutos á Santo Domingo.

Opusieron resistencia á esta orden, y con una crueldad inaudita ahorcó á los que capitaneaban aquella rebelión, lo que